

Y otros condes suyos queda,  
A solicitar me envía  
Para entrar en León venia.

REY. Decid al conde que en mucho  
Precia el rey su diligencia,  
Y que bien puede en mi corte  
Llegar á entrar cuando quiera.

(*Vase Sisebuto.*)

ESCENA IV

REY, CONDE DE MONZÓN, DON NUÑO

REY. (*A don Nuño.*) Y vos, puesto que los  
(grandes

Y obispos con tal presteza  
Llegaron, podréis decirles  
Que las Cortes se comienzan.  
Que los grandes alborotos  
Que en Galicia se despiertan  
De que es causa don Gonzalo,  
Que así tan mal mis finezas  
Paga; y los disturbios todos  
Que aun en mis provincias nuevas  
De Vizcaya se suscitan  
Sostenidos por don Vela;  
Y el moro enemigo fiero  
Ya de León á las puertas,  
Llaman nuestra vigilancia  
Sobre nuestro estado. Es fuerza  
Que los obispos con celo  
A la religión atiendan  
También, porque ningún reino  
Se gobierna bien sin ella,  
Que sólo á su rey acata  
Quien á Dios teme y respeta.  
Y dad orden, Nuño, presto,  
Que antes que la noche venga  
El mejor de mis caballos  
Se aderece, que, pues llega  
Hoy el gran Fernán González,  
Le quiero dar una muestra  
De cuánto le estimo y quiero,  
Igualándole á mi alteza,  
Con salir á recibirlo.  
En más su heroica braveza,  
En más su invencible brazo  
León y Castilla precia,  
Contra el feroz Almanzor  
Que á la cristiandad aqueja,  
Que cien escuadras unidas,  
Que cien mil huestes guerreras  
Harto bien en Piedra-Hita  
Tan grande verdad se muestra  
Cuando el conde solamente

Con unos ciento y cincuenta  
Infantes, y cuatrocientos  
Caballos, allí á sesenta  
Mil moros, que armó Almanzor,  
Y la gente de don Vela,  
Rompió en desigual combate  
Haciendo en ellos horrenda  
Carnicería. ¿Y quién sabe,  
Si por su brazo no fuera,  
Si de nuevo hasta Gijón,  
Como en otro tiempo, hubiera  
Cien mil veces penetrado  
El moro? Y en fin, su fuerza,  
Su grande virtud me imponen  
Que por mi amigo le tenga,  
Que sólo á los pechos nobles  
Los nobles pechos aprecian.

ESCENA V

DON NUÑO

¿Qué pretenderá de mí  
Diciendo doña Teresa  
Que aquí la esperase cuando  
Entrase el rey en la iglesia?  
Mucho será que no salgan  
Mis sospechas verdaderas.  
Ella al conde de Castilla  
Le juró venganza eterna:  
Mas ya viene.

ESCENA VI

DOÑA TERESA, DON NUÑO

NUÑO. Gran señora,  
Don Nuño tus plantas besa.  
TER. Levantaos. ¿Al oratorio  
Mi hijo entró?  
NUÑO. Ya entró su Alteza  
TER. Decid que aquí no entre nadie,  
Que á vos sólo hablar desea  
Mi cuidado.  
NUÑO. Así será  
Como manda tu grandeza.  
TER. ¿Sabéis, don Nuño, que en mis venas corre  
La ilustre sangre de don Sancho Abarca?  
¿Sabéis que en el palacio de sus reyes  
Ví la luz, en Pamplona de Navarra?  
¿Que su fausto dejé cuando mi lecho  
Vine á partir con el que fué en Simancas  
Vencedor, y que en ello don Ramiro  
Más de mi padre con la ilustre alianza  
Ganó también que si vencido hubiera  
Al fuerte Abderramén en cien batallas?

NUÑO. No ignoro, gran señora, que este enlace  
Su corona, ya débil, afianzaba  
Mucho en León.

TER. Don Nuño, y á mi padre,  
A don Sancho, ¿sabéis quién le matara?

NUÑO. Sé que le dió la muerte en lid sangrienta,  
Con sólo un bote de su fuerte lanza,  
El conde Hernán González de Castilla,  
El herido quedando, allá en Gollanda.  
¿Quién pudiera ignorarlo?

TER. ¿Y sabéis, Nuño,  
Que su sangre vertida sin venganza,  
Viviendo su hija con oprobio y mengua,  
Venganza al cielo, inexorable clama?

NUÑO. Sé que más justo el conde en la pelea  
Con el favor del cielo hubo ventaja.

TER. No tanto os pregunté. Justo ó no justo,  
Yo, conde, há tiempo que debí vengarla.  
Sí; desde entonces, Nuño, ¡cuántas veces  
Votos al cielo por su muerte alzara!

Nunca, ni un día, ni una hora, un punto  
Yo dejé con ardor de desearla.

Su perdición juré; si juzga alguno  
Que ya en mi pecho de vengarse el ansia  
Pudo extinguirse con el tiempo acaso,

Pudo nunca mirarse amortiguada,  
¡Oh, cuál mi fiera condición ignora!

Romper su corazón, ver sus entrañas  
Allí en su sangre palpitando, rotas,

Humeantes aún; y á su alabanza  
Un término poner, esa, don Nuño,

Oidlo ya, si lo ignoráis, el ansia  
Fué que yo tuve. Le aborrezco, le odio,

Y aun odio más que á él á doña Sancha.  
Sabedlo, en fin. Si su poder divide

Hoy en Castilla con mi propia hermana,  
Sola la causa fué: y el rey García,

Nunca pensó mi hermano, el de Navarra,  
Que así pudiera con oprobio suyo

Dar á Fernán González doña Sancha  
Su mano, si antes por mi voz no oyera

Que era tan sólo de matarle trama.  
Yo así la urdí, yo...

NUÑO. ¿Vos?

TER. Yo.

NUÑO. ¿Vos, señora?

TER. Yo imaginé que solo, sin sus armas,  
Entre la alegre pompa de Himeneo,  
Pues que intentar vencerle en las batallas  
Inútil fué mil veces, fácil fuera  
Vengar la muerte de don Sancho Abarca.  
Yo la boda tracé; ¿quién pensaría  
Que el éxito engañase á mi esperanza?  
Cuando preso en Pamplona, entré cadenas,

La víctima miré junto á las aras,  
Vióle mi hermana, y en su amor ardiendo  
Traidora le salvó. ¡Cielos! ¡qué rabia!  
¡Oh, cuántas veces al amor maldije,  
Y maldije con él á doña Sancha!

NUÑO. ¿Y qué intentáis? ¿Acaso también ahora  
Cuando á estas Cortes la nación le llama  
Habéis pensado?...

TER. Asegurar el golpe  
Pienso, en esta ocasión, de mi venganza.

NUÑO. ¿De qué suerte?

TER. ¿Me debes obligaciones?

NUÑO. Yo cuanto soy os debo.

TER. ¿Y recordarlas  
Necesito á don Nuño?

NUÑO. Gran señora,  
Las tiene aquí don Nuño bien grabadas.

TER. ¿Lo que puedo en la corte yo ensalzarle  
Sabe?

NUÑO. Lo sé.

TER. ¿Y el mal que, si faltara  
A lo que espero de él, hacerle puedo  
Sabe también?

NUÑO. Lo sé.

TER. Dame palabra.  
¿Puedo contar con él?

NUÑO. Aquesa duda  
De vuestra boca mi lealtad agravia.

TER. Pues oye. Hoy mismo sin su gente debe  
Llegar Fernán González á este alcázar.  
¿Tienes, Nuño, valor?

NUÑO. ¿Cuál es tu intento?

TER. Tengo su perdición asegurada.  
El rey mi hijo don Sancho ha de prenderle  
Pues yo le he de probar que arma asechan-  
(zas.

Toma: entre grillos, humillado, ociosa  
Para su gran valor su fuerte espada,  
Yo te le entrego: si las honras quieres  
Conservar por mi influjo antes logradas,  
Si otras mayores conseguir deseas,  
El corazón del pérfido traspasa.

NUÑO. Guardad, reina, guardad vuestros ho-  
(nores

Para otra alma más vil y mercenaria.  
¡Corrido estoy, por Dios! Sí, los desprecio  
Si he de comprarlos con mi propia infamia.  
¿Quién fué el osado que os mintió que Nuño  
Pudiera nunca con cobarde traza,  
Cual ratero ladrón, borrar tan grande  
Echar sobre su honor, tan torpe mancha?  
¿Cuándo me visteis con puñal alevé,  
Como asesino vil, en la emboscada  
Su víctima acechar? ¿En qué combate

Visteis á Nuño huir? ¿Cuál en mi cara  
Brilla señal de la traición infame?  
¡Oh! si pudo algún tiempo dar entrada  
A tan torpes indicios, ved mi pecho,  
Tomad, señora, mi luciente espada.  
Si en tantas veces como el campo moro  
Bañó en sangre enemiga por la patria,  
No alcanzó á dar á su infelice dueño  
Mayor blasón, ni más ilustre fama,  
Dad otro empleo á su tajante filo,  
O bien mi pechotraspasad... ¿qué aguardas?  
Aun dentro alienta en este pecho un no-

(ble  
Corazón español.

TER. ¿Y aquesto aguanta  
Quien tanto puede? Huid de mi presencia.  
Yo enfrenaré, don Nuño, vuestra audacia.  
¿Sois vos el caballero? ¿Sois el firme?  
¿Sois vos aquel que la ocasión demanda  
De perecer por mí, y aquel que tanto  
Su fe hasta el cielo y su lealtad levanta?  
¡Ah! mal que os pese morirá ese conde  
Y vos con él. Huid. ¿Así se paga  
Quien tanto hizo por vos? Cuando mi

(padre  
Os armó caballero allá en Navarra  
Ante los grandes de su reino todos,  
Yo misma, ¡necia! ¿no os ceñí la espada?  
¿Este el pago será de tanta deuda?  
¿Es esto gratitud? ¡Cuán mal vuestra alma  
Su bajo temple esconde! ¿Qué? ¿aun ata-

(do  
El gran Fernán González os espanta?  
¿Tan grande es su poder? ¿Queréis acaso  
Que envuelto ya os le den en la mortaja  
Para matarle? Pues veréis mi brazo:  
A una débil mujer más alentada  
Para el riesgo veréis: nada su esfuerzo  
Le impone á mi valor.

NUÑO. Basta ya, basta.  
Mandadme luego que en su tienda busque  
Allí en el centro de su tropa armada  
Al feroz Almanzor; que su cabeza  
Sobre la punta de mi fuerte lanza  
Yo ponga á vuestros pies; que la corona  
Luego á León de Abderramén os traiga;  
Veréisme al punto más feroz que nunca  
Romper su hueste, en su cerrada escua-

(dra  
Bañarme en polvo y en la sangre mora,  
Nuevo Pelayo, y sobre rotas armas,  
Y cotas y paveses penetrando,  
Débil amparo serle las murallas  
De Córdoba, y sembrando luto y muerte,

Hasta las anchas vegas de Granada  
La España recorrer; cetro y cabeza  
Pronto veréis rodar á vuestras plantas  
O yo en la empresa moriré.

TER. Don Nuño,  
Pues si ese mismo sois y si os halaga  
Tanto, Nuño, el poder, tomad el hierro:  
¿Pensáis corresponder á mi esperanza?  
O temed....

NUÑO. ¿Yo? Jamás: antes del cielo  
Un rayo me confunda... Oyeme... aguarda.  
Deja á los viles la traición y el dolo.  
A los cobardes abandona esa arma.  
Tengo espada; valor Fernán González:  
Yo cuerpo á cuerpo reñiré, y quien salga  
Del duro acero del contrario libre,  
Ese libre será. Responde. ¿Callas?

TER. Es grande su valor.

NUÑO. Y es invencible  
Quien por las damas y el honor batalla.  
TER. Fuera yo loca y necia. ¿Vos vencerle?  
¿Sabéis, don Nuño, vos, de quién se trata?  
Yo os deajo: ya os conozco, y os advierto  
Solamente que el labio, si es que aun ama  
Algún tanto la vida, cual la tumba  
Calle: y mirad que si indiscreto hablara,  
No ha de faltarme... pero, en fin, yo  
(quiero  
Fiarme aquí de vos. ¿Dáisme palabra  
De sepultar lo que sabéis...? ¿Juráislo?  
Vamos.

NUÑO. (¡Cielos! ni sé lo que me pasa.)  
Sí, juro.

TER. Sea en buen hora. ¿Conocéisme?

NUÑO. Demasiado.

TER. Pues bien. Así descansa  
Mi pecho; y si calláis, á mi cuidado  
Queda el conde. Temblad si...

NUÑO. Juré y...

TER. Basta. (Vase.)

#### ESCENA VII

NUÑO. ¡Confuso quedo y loco! ¿Qué he escu-  
(chado?

¡Oh! ¿Qué mujer es ésta? ¡Mi esperanza  
Encomiendo á los cielos!... ¡Infelice  
Conde! ¡Él ignoralo que en León le aguarda!  
Que para el tigre que su sangre anhela  
Perezca el conde, aunque perezca España.



## ACTO SEGUNDO

Decoración: la misma del primero

## ESCENA PRIMERA

REY, CONDE DE MONZÓN

REY. Mucho, Monzón, tarda Nuño;  
Harto para mi impaciencia,  
Que si llega el de Castilla  
Dios sabe que no quisiera  
Que culpase á mi amistad  
De desaire ó de tibieza.

MON. Voy, señor, con tu permiso,  
A dar á don Nuño priesa. (*Vase.*)

## ESCENA II

REY, CRIADO DE PALACIO

CRIADO. Señor, hablarte pretende  
Tu madre doña Teresa.

## ESCENA III

REY, DOÑA TERESA

REY. ¿Cuál es la ocasión, señora,  
Que cuando mi afecto piensa  
Cumplir con Fernán González  
De la amistad la gran deuda  
Saliendo hoy á recibirle...?

TERESA. ¿Fuera salís de las puertas  
De León á festejarle?

REY. ¿Y cuál otra mejor muestra  
Darle puede mi amistad?

TERESA. ¿Y sabéis quién con él venga,  
La ocasión de su venida...?

REY. ¿Cuál otra tener pudiera  
Que haberle enviado á llamar  
Porque en mi corte asistiera  
A mi Consejo?

TERESA. Os engañan.  
¡Ay, don Sancho! ¡cuánto yerra  
Aquel que en Fernán González  
Hallar un amigo piensa!  
El conde es traidor.

REY. ¡Señora!  
¿Quién lo dice? ¿quién lo prueba?  
¿Quién osa inculpar al conde  
Una acusación tan fea?  
Quien eso miente le infama,  
Que si el conde mal quisiera

Por ventura á mis Estados,  
Con alto son de trompetas  
Al mundo lo publicara.  
El sacara sus banderas,  
Y en campaña sus razones  
Con su espada hiciera buenas.  
Empero, ¿traidor el conde?  
Traidor es quien le sospecha,  
¡Vive Dios! que los soberbios  
Nunca anidaron vilezas.

TERESA. Tomad, don Sancho, ese pliego.

REY. (*Lee*). «Rey don Sancho: El conde Fernán  
González después de haber levantado á  
Castilla, se aprovecha de vuestro llama-  
miento á las Cortes, é intenta con capa de  
amistad quitaros el trono, sea para él, sea  
para restituirle á don Ordoño el Malo, á  
ruegos de su hija doña Urraca, que con él  
tiene casada, y que está en Burgos. Guar-  
daos y el Señor Dios os guarde. Garci-  
Sánchez de Navarra.»

¿Queréis que á García crea,  
Cuando sé que él en Pamplona  
Ya otra vez en sus cadenas  
Le tuvo vilmente preso?  
Vos odiáis al conde...

TERESA. Sea.  
Yo, don Sancho, no lo niego.  
¿Qué es negarlo? Si pudiera  
Ver á mis plantas rodando  
La aborrecida cabeza  
Del conde Fernán González,  
Yo, no lo dudes, yo mesma  
De sus hombros la arrancara.  
¿Pensáis que no me valiera,  
Si su traición inventára,  
De otro que os la descubriera  
¿O pensáis vos por ventura,  
Don Sancho, que soy tan necia  
Que si á engañaros me pongo  
Yo misma antes os lo advierta?  
Si yo misma aquí os la digo  
Es porque sé que es tan cierta  
Que no es preciso fingirla,  
Que á serlo yo la fingiera,  
Mas buscara para vos  
Quien salvase la apariencia.  
Verdad es que le aborrezco....  
Mas ¿conocéis esa letra?

REY. Es de mi hijo, Garci-Sánchez.  
¿Acaso...?

TERESA. Sancho, leedla.



REY. (*lee*). «Padre y señor: Don Gonzalo Díaz, privado del conde de Castilla, levanta los pueblos y presidios de su estado, y cuando os lleguen estas letras, plegue al Señor Santiago que estéis á tiempo de evitar los daños, que acaso os prepara: toma con su gente la vuelta de León: el conde con sus ricos-homes y principales nobles acude á las Cortes, más en guisa de hombre de guerra que de quien con pacíficos intentos se guía. Nájara, 26 de junio: era 965.— Vuestro hijo: Garcí-Sánchez.»

TERESA. Es traición que yo inventé:

Dejad al conde que venga,  
Que él presto, por Dios, dirá  
Si es infundada sospecha.  
Salid, hijo, á recibille.

¿A qué aguarda vuestra Alteza?

REY. ¡Por San Salvador de Leyre!  
¡Vive Dios! que donde quiera  
Que halle al conde, que le quite  
La gña de turbulencias.  
¡Así mi amistad se paga...!  
¿Y quién me trajo estas letras?

TERESA. El conde Mosalo Díaz,  
Que reventó con la priesa  
El más generoso bruto  
Que parieron vuestras yeguas.  
Vedle, si queréis; afirma  
Que él á los rebeldes viera:  
Diz que es gente recogida  
De las orillas amenas  
Del Arlanza, y de Vivar,  
De Burgos, de Santisteban  
De Gormaz...

REY. Basta, señora.

Pagará con la cabeza.

TERESA. Y ya há tiempo que vos mesmo,  
Y sin que él se revolviera,  
Debierais haber tomado  
Tan segura providencia.  
¿Paréceos que estáis seguro  
Teniendo al lado esa fiera  
Que sólo por conquistar,  
Sólo por vencer alienta?  
Si tener brazos dispuestos  
A su devoción no piensa,  
¿Por qué funda pueblos nuevos  
Y otros arruinados puebla?  
Avila lo diga, y Osma,  
Y otros ciento que la guerra  
Despobló, y de castellanos  
Como soberano llena.  
Si á Sepúlveda fundó,

Fundáralo enhorabuena;  
Mas no tantos privilegios  
A aquesa población nueva.  
¿Quién le dió tales derechos?  
¿Y qué arrogancia es aquesa,  
Si el soberbio su poder  
Con males fines no aumenta?  
¿O pensáis que á su corona  
El conde añadir no intenta  
Los dominios de León,  
Y cuando mover no pueda  
Contra los moros sus armas,  
Y las huestes agarenas  
Tenga todas derrotadas,  
Fernán González no vuelva  
Contra los reyes cristianos  
Entonce esas armas mismas?  
¿Os parece que no llegue  
Tiempo en que la España entera  
Rinda parias á Castilla,  
Si muchos condes tuviera  
Que al conde Fernán González  
Por su mal se parecieran?  
Pues yo, Don Sancho, ese tiempo  
Ved que lo contemplo cerca.  
Sí: los reyes de Castilla,  
Merced á vuestra flaqueza,  
Asentarán su corona  
Mandando á la España entera:  
El feudo y el homenaje  
Alzará que hoy á tu alteza  
Tan mal grado reconoce;  
Y abarcará su grandeza  
León, Vizcaya, Navarra,  
Galicia y Cerdania mesma,  
y Aragón y Barcelona,  
Y todas aquellas tierras  
Que el Tajo, Guadiana y Duero  
Hasta Lusitania riegan.  
Y arrojados los alarbes  
De Córdoba y de Valencia,  
Rincón sólo que el esfuerzo  
Hoy de Castilla les deja,  
Olvidarán nuestros hijos,  
Cuanto más su infamia crezca,  
Que de restaurar á España  
La gloria toda fué nuestra,  
Y que el invicto Pelayo  
Se levantó en esas sierras.  
Sólo aseguras, Don Sancho,  
El cetro de esta manera,  
Fuera de que, ¡por Santiago!  
Es para vos grande afrenta  
Que el que mató á vuestro abuelo

Insulte á vuestra paciencia,  
Dentro de los mismos muros  
En donde su nieto reina.

REY. Mucho creer en el conde  
Tamaña traición me cuesta,  
Que á dejar de ser honrado  
Nunca tan tarde se empieza.

TERESA. ¿Vos á mi propio enemigo  
Alabáis en mi presencia?  
¿Y la sangre de Ramiro  
Corre, Sancho, por tus venas?  
Cede al conde, cede el cetro,  
Cede el reino enhorabuena,  
Que no merece corona  
Quien no sabe defenderla.  
Pero, escucha: si hoy que miras  
Ahí de la traición las muestras,  
No castigas, como es justo,  
Del rebelde la insolencia,  
No importa: tu madre misma...  
En balde salvarle esperas;  
Castigar sus demasías  
Bien sabrá doña Teresa. (*Vase.*)

## ESCENA IV

REY

¿Que no pueda rehusar  
De la traición tantas pruebas?  
¡Ah, conde Fernán González!  
¿Tu amor... tu lealtad es ésta?

## ESCENA V

REY, DON NUÑO, CONDE DE MONZÓN

NUÑO. Ya, señor, enjaezado  
El mejor bridón espera;  
El mismo que os vendió el conde.  
¿No responde vuestra alteza?

REY. Don Nuño, daréis luego orden  
Que doblen las guardias nuestras,  
Que un alférez con su escuadra  
Salga de los muros fuera;  
Que las cuadras se registren...

NUÑO. Pues, señor, ¿cuál turbulencia?...

REY. Don Nuño, Gonzalo Díaz  
Alza en Castilla bandera:  
Si piensa Fernán González  
Que es fácil que nos sorprenda  
Se engaña, pues que esperarle  
Desarmados fuera mengua.

NUÑO. (¡Cielos! tu odio reconozco  
Contra él, implacable reina.)  
Señor, permitid que dude...

REY. Dude ó no dude, obedezca  
El buen vasallo, don Nuño;  
Que eso importa á la defensa  
De mis reinos.

NUÑO. Gran señor,  
Está bien. (Por tu cabeza,  
Infelice conde, tiemblo.) (*Vase.*)

## ESCENA VI

REY, CONDE DE MONZÓN, CRIADO

CRIADO. Gran señor, vuestra licencia  
Pide el conde de Castilla  
Para ver á vuestra alteza.

REY. ¿El conde ya? ¡Grande dicha!  
A mi enemigo me entrega  
La fortuna en mi palacio.  
Que entre presto. Mas no... espera.  
Fuerza será mi semblante  
Componer, porque no advierta  
Cuánto á mi pecho el rigor,  
Cuánto el castigo le cuesta.  
Quiero también humillarle,  
Y antes que llegue á mi alteza,  
He de hacer que aquí me espere  
Como quien viene á mi audiencia.  
Al de Castilla decidle  
Que entre y que espere mi vuelta.  
Vos, Monzón, entrad conmigo,  
Que quiero vuestra prudencia  
Consultar en este caso,  
Y oír lo que me aconseja. (*Vanse.*)

## ESCENA VII

EL CONDE FERNÁN GONZÁLEZ, DON GONZALO  
DÍAZ

FERNÁN. ¡Por Dios que me maravilla  
Que así reciba la corte  
A persona de mi porte!  
¡Así al conde de Castilla!  
Hoy, Don Sancho, en el salir  
A recibirme se tarda,  
Y eso que ya el rey me aguarda...  
No sé de esto qué decir.  
Mas en tanto que el rey viene,  
Decid, ¿cuándo en San Millán  
De la Cogolla, verán  
Los pliegos, do se contiene  
La carta, en que le confiero  
Privilegios, ¿los enviasteis?

GONZ. Sólo uno, como mandasteis,  
Llevó á Fortunio don Pero  
Gustios de Lara, señor.



FERNÁN. Sí, el que á San Millán le hago,  
 Aun mayor que el de Santiago,  
 Por el insigne favor  
 Que en Simancas me hizo el santo  
 De aparecer combatiendo  
 Contra el moro: agradeciendo  
 Tal gracia, por eso tanto  
 Desde hoy su culto venero;  
 Y que unos pueblos den pan,  
 Y otros vino á San Millán,  
 Y carne y legumbres quiero;  
 Y hacer merced de la villa  
 De Pazuengos al abad,  
 Porque más pingüe heredad  
 No tenga nadie en Castilla.  
 A la venida, en Arlanza  
 El monasterio también  
 Debisteis ver; si van bien  
 Las obras: con confianza,  
 Este santuario edifico  
 A San Pedro, y quiero sea,  
 Porque quién yo soy se vea,  
 De los de España el más rico.  
 En él quiero que se entierren  
 Mi cuerpo y el de mi esposa,  
 Y bajo una misma losa  
 Nuestras cenizas se encierren,  
 Cuando ordene el Señor Dios  
 Que pasemos de esta vida.

GONZ. Esa esperanza cumplida  
 Vendrá á ser que tenéis vos.  
 Y quiera el cielo piadoso  
 Que harto pronto eso no sea,  
 Y víctima yo no os vea  
 Hoy de un engaño aleroso.

FERNÁN. ¡Que de esa extraña manía  
 No desistáis, don Gonzalo!  
 ¿Qué veis en esto de malo  
 Para tan rara porfía?

GONZ. Mucho, señor, me equivoco  
 Si no hay traición encubierta,  
 Y ved que en estar alerta  
 No siempre se gana poco.

FERNÁN. Blasonas de muy prudente.

GONZ. Luego, señor, será tarde.

FERNÁN. Mejor el hacer alarde  
 Estuviérais de valiente.

GONZ. Si esto no os sirve de enojo  
 Ved que hay grande diferencia  
 De cobardía á prudencia,  
 Y no es valor el arrojo.

FERNÁN. Eso mismo me dijisteis  
 Cuando, en Muñón, de Almanzor  
 Os puso miedo el valor,

Y al trance vos opusisteis.  
 Y la batalla se dió  
 Junto á la villa de Lara,  
 Y Almanzor volvió la cara,  
 Que él no fué quien la ganó.

GONZ. En los trances arriesgados  
 No se juzga lo que fueron,  
 Ni á los que los emprendieron,  
 Sino por los resultados.  
 Si se pierden fué locura  
 Intentarlos, fué baldón;  
 Y fué grande previsión  
 Si se ganan, y cordura.  
 No por cobarde aconsejo,  
 Sí por vuestro amor, gran conde:  
 Y aquí mi espada os responde  
 Si no hice alarde, aunque viejo,  
 De castellano, en el trance  
 Que yo mismo no aprobé,  
 Si ante el Alhagib temblé,  
 Si no le seguí el alcance;  
 Y entonces os defendieron  
 Otros ciento como yo,  
 Y en la corte, señor, no.

FERNÁN. Nunca miedo me impusieron  
 Los traidores; quien ignora  
 La traición, no la sospecha.

GONZ. Y quien la duda desecha  
 Tarde su confianza llora.

FERNÁN. Los traidores solamente  
 Hacen al vil recelar,  
 Que se ponen á temblar  
 Cuando los mira un valiente.  
 Y decid, ¿tanto interesa  
 Al rey Don Sancho mi daño  
 Para urdir tan vil engaño?

GONZ. Quiéreos mal doña Teresa.

FERNÁN. ¿Y ha de temblar por ventura  
 A una mujer.....

GONZ. Si esa misma...

FERNÁN. Quien de toda la morisma  
 Tiene su vida segura?

GONZ. Recordad que ya en Pamplona  
 Cerca estuvisteis por ella  
 De perder en la querella,  
 Con la vida, la corona;  
 Que otras Cortes hubo este año,  
 Y sin haber nueva guerra,  
 Sacaros de vuestra tierra  
 Para Cortes, es engaño.  
 Mirad, pues, si son ó no  
 Mis sospechas bien fundadas,  
 Si en traer gentes armadas  
 Anduve acertado yo.

Es feroz doña Teresa  
Y cruel en demasía,  
Y hace ya tiempo, á fe mía,  
Que el que vos viváis le pesa;  
No os encarezco yo nada  
Que estando solos los dos...

FERNÁN. ¿Y estoy solo, vive Dios,  
Cuando vengo con mi espada?  
No en Navarra la ceñía  
Cuando en Pamplona inhumanos  
Hierros me ataron las manos  
Por traición de Don García.  
Que entonces á bodas fuí,  
Y como que despreciaba  
La traición, me la dejaba  
A cuatro pasos de mí,  
Don Gonzalo; y por más seña  
Que tanto la desprecié  
Que yo mismo al fin solté,  
Como hombre á quien se desdeña,  
A Don García el villano,  
Cuando, cobrado el acero,  
En el encuentro primero  
Le tuve preso en mi mano.

GONZ. Y si entonces vos la vida  
Debisteis á vuestra esposa,  
¿Por qué dejarla llorosa,  
Por qué impedir su venida?

FERNÁN. Mejor en Burgos se está,  
Que ella allá con su prudencia  
Que no echen de ver mi ausencia  
En Castilla, cuidará.  
Volved vos á consolarla;  
Decid que quedo en León  
Sin que ninguna traición  
Pueda aún acongojarla.

GONZ. ¿Tan mal, señor, os serví,  
Con tan poca lealtad,  
Que con esta crueldad  
Queréis libraros de mí?  
Antes yo muera; pues hallo  
Que me está mejor morirme  
Que de tu lado partirme.  
No á tu más firme vasallo  
De tí apartes, mientras puedas,  
Que yo me parto muriendo,  
Y tú, el riesgo no temiendo,  
Sin quien le prevenga quedas.

FERNÁN. Siempre, don Gonzalo, á vos  
Os tuve por buen amigo;  
Pero no temo enemigo  
Con mi espada y con mi Dios.  
Mucho os agradezco, sí,  
Vuestra buena voluntad;

Mas por el traidor temblad,  
No tembléis nunca por mí.  
No os mando yo que os partáis  
Para siempre de mi lado,  
Sino en haciendo el recado  
Que luego á León volváis.  
Que si por ventura fuese  
Vuestro temor bien fundado,  
No sería aventajado  
Que á entrambos el rey prendiese.  
Guárdese de los dos uno,  
Que Castilla vió valientes,  
Pero como vos prudentes  
No vió Castilla ninguno.

GONZ. Vuestra alteza en ese caso  
Deme su mano á besar,  
Que más que correr, volar  
Será hasta Burgos mi paso.

FERNÁN. Id con Dios y tornad luego,  
Que hasta saber de mi esposa  
El corazón no reposa,  
Que arde en su amoroso fuego.

GONZ. (*Yéndose.*) Conde bizarro y valiente,  
Tal vez por tu buena estrella  
No esté doña Sancha bella  
Tan lejana con su gente.

#### ESCENA VIII

FERNÁN GONZÁLEZ, REY, CONDE DE MONZÓN

FERNÁN. (El rey sale, al parecer,  
Con el semblante enojado;  
¿Si habrá Gonzalo acertado  
En lo que llegó á entrever!)

REY (*á Monzón*). Vos cuidad que prevenida  
La guardia esté por si el conde  
Altanero me responde,  
Con su espada, harto atrevida.

(*Vase Monzón.*)

#### ESCENA IX

REY, FERNÁN GONZÁLEZ

FERNÁN. Gran señor, á vuestros pies  
Don Fernán González puesto...  
(*Levantándose.*)

El rey no me oye, ¿qué es esto?  
¿Vive Dios! por San....

REY. ¿Quién es?

FERNÁN. Rey Don Sancho, á vuestras plan-  
(tas

Está el conde de Castilla,  
El que á ninguno se humilla .. (*Se levanta.*)



¡Cielos, conde! ¿Y esto aguantas?  
 ¿Dónde, Don Sancho, aprendisteis  
 A tratar con tanta afrenta  
 Al que mejor os asienta  
 La corona que os pusisteis?  
 ¿Conocéisme, rey Don Sancho?  
 ¿Sabéis que en Burgos si os viera,  
 Con sólo que os recibiera  
 Os viniera á vos muy ancho?  
 ¿Que soy tan rey como vos,  
 Y que aunque aquí vos mandéis,  
 En Burgos me obedecéis,  
 Y que reinamos los dos?  
 ¿Son estas las Cortes, son,  
 Con cuyo torpe pretexto  
 Me sacasteis para esto  
 Del centro de mi nación?

REY. ¿Y quién es el sandio, el necio,  
 El atrevido, el osado,  
 Que así el grito ha levantado?  
 Sino porque le desprecio,  
 Yo le enseñara á ese conde  
 A temblar en mí la ley,  
 Y á respetar á su rey  
 Como á su rey corresponde.  
 Que si aun decís que reináis  
 Porque levantar podéis  
 Los Estados que tenéis,  
 No sois vos el que ignoráis  
 Que es más el rey en León  
 Que no en Castilla su conde.

FERNÁN. Y decidme vos, ¿de dónde  
 El derecho, la razón  
 Os viene de gobernar  
 En Castilla? Sancho, no;  
 Pues decidme, ¿no fuí yo  
 El que me quise obligar?  
 Cuando en Castilla mi abuelo  
 Era juez, Nuño Rasura  
 Y Laín Calvo, ¿por ventura  
 Les conquistasteis el suelo?  
 Y fueran intentos vanos,  
 Que jamás entra un acero  
 Leonés, Don Sancho fiero,  
 Donde hay pechos castellanos.  
 ¿Ignoráis que Don Ordoño  
 A los condes de Castilla,  
 En Regular, una villa  
 Junto á tierra de Logroño,  
 Siendo mi abuelo uno de ellos,  
 Hizo prender á traición,  
 Y que después en León  
 Les mandó cortar los cuellos?  
 Y que entonces dió su silla,

¿No lo oísteis cien mil veces,  
 En vez de Ordoño á dos jueces  
 Independiente Castilla?  
 Y yo os tributé homenaje  
 Porque pensé que otro fueras  
 Y que más agradecieras  
 Mi amor y mi vasallaje;  
 Que no porque necesite  
 De quien con su fuerte ayuda  
 Para mi defensa acuda  
 Y mi valor acredite.  
 Yo tuve antes que nacierais  
 Tanta morisma vencida  
 Cuanta vos en vuestra vida,  
 Si dos mil años vivierais.  
 Y si mi espada desprecia  
 Con insultantes estilos,  
 Yo os haré apreciar sus filos  
 Y conoceréis si es recia.

REY. ¡Vive Dios, conde! ¿sois vos  
 El mismo que callar debe,  
 Y en mi presencia se atreve  
 Así á igualarnos los dos?  
 ¡Vive Dios! que si á mi alteza  
 Otra vez os levantáis,  
 Que os mande, pues tanto habláis,  
 Cortar luego la cabeza.  
 Que aunque en Castilla mandéis,  
 No así mandáis en León;  
 Ni que os saque de prisión  
 Vuestra Castilla esperéis.  
 Y porque veáis vos luego  
 Si injusto procedo, conde,  
 Me responderéis, ¿de dónde  
 Pudo salir este pliego?  
 ¿Esa es lealtad y es amor,  
 Ese el celo y la amistad,  
 Y la buena fe...? Mirad,  
 Lo que sois es un traidor.

FERNÁN. ¡Vive Dios! Don Sancho el Gordo,  
 Que si no enfrenáis la lengua,  
 Que os haga con vuestra mengua  
 Entender que no soy sordo.  
 ¡Por San Millán! ¡vive Dios!  
 Que nunca sufrió mi pecho  
 La afrenta que le habéis hecho  
 En este momento vos.  
 Si el rey de León no fuera  
 Quien me ha llamado traidor,  
 Le hiciera ver mi valor  
 Que más callar le valiera.

REY. ¡Hola! ¡Guardia!

FERNÁN. ¡Ah, don Gonzalo!

¡Y que no os creyera yo!

Pero ¡ah! Don Sancho, que no  
*(Sacando la espada al ver la guardia.)*  
 Llevaré yo lo más malo.

## ESCENA X

Dichos, DON NUÑO ANSUREZ, GUARDIA

REY. Prendedle.

FERNÁN. Eso no será  
 Con el conde de Castilla,  
 Que no tanto se le humilla;  
 Antes muerto caerá.

REY. ¿A un hombre tembláis, cobardes?  
 ¡Ah, villanos! ¡qué osadía!

FERNÁN. ¿Todos á mí? ¡oh cobardía!  
*(Saliendo del escenario con la guardia.)*  
 Pues no que me rinda aguardes;  
 No, en mi vida lo verás;  
 Rindo al valor mis ardores,  
 Mas ceder á los traidores,  
 Mas á los viles, jamás.

## ESCENA XI

REY, DON NUÑO

NUÑO. ¡Cielos! el conde cayó  
 Tropezando en la escalera.

REY. Dicha fué, que sino, fuera  
 El gran valor que mostró  
 Difícil vencer.

FERNÁN. *(De adentro.)* ¡Oh, infame!  
 Sólo así fuera posible  
 Rendir mi brazo invencible.  
 No prisiones, muerte dame.

REY. Id, y en el alcázar, Nuño,  
 Mandad al conde poner,  
 Y que nadie le entre á ver  
 Sin una orden de mi puño.  
 Que la tropa se refuerce  
 Que contra Gonzalo enviaste,  
 Antes que el campo nos gaste  
 Y á mayor trance nos fuerce;  
 Por si la gente del conde,  
 Trasluciendo su prisión,  
 Viniese sobre León  
 Como á su ley corresponde.  
 Yo castigaré al aleve  
 Su intento de conspirar,  
 Y al osado que á insultar  
 A mi majestad se atreve.

## ACTO TERCERO

Vestíbulo de palacio.

## ESCENA PRIMERA

DOÑA SANCHA, DON DIEGO LAINEZ  
 en traje de romería

DIEGO. ¿Cuál es, condesa, vuestro intento ahora?  
 El conde, vuestro esposo, gran señora,  
 Aunque conoce bien vuestro amor fino,  
 En Burgos os sospecha, no creyendo  
 Que vos sus pasos le venís siguiendo.  
 Y si hasta aquí pudimos libremente  
 A favor del disfraz de peregrinos  
 Entrarnos en León, cosa arriesgada,  
 Dejando nuestra gente  
 Oculta y emboscada  
 Lejos de encrucijadas y caminos,  
 ¿No fuera empresa loca  
 Pensar los dos de su prisión al conde  
 Salvar?

SANCHA. Eso me toca,  
 Diego Lainez, á mí: cuando en el campo  
 Vimos llegar, de generoso bruto  
 Oprimiendo el hijar, á Sisebuto,  
 Y la infausta noticia  
 De la prisión del conde  
 De su labio escuchamos, bien lo vísteis,  
 Yo animé la primera  
 A los guerreros castellanos todos  
 Para el asalto fiero.  
 Del fiel Gonzalo los consejos cautos  
 Vos recordad empero:  
 «La saña suspended, dijo, condesa.  
 »Medios de paz se prueben; preso el conde  
 »Su vida es de Don Sancho; no irrite mos  
 »Su venganza feroz. ¿Qué lograremos,  
 »Si la muerte le dá, mas que los muros  
 »De León, muerto el conde, derribemos?  
 »Valga el ardid: la guerra no rompamos,  
 »Y si por bien salvarle no podemos,  
 »Caiga entonces León, ó bien muramos.»  
 El cielo, Diego Lainez, por ventura  
 Sabe si aquesto es miedo ú es cordura.

DIEGO. Y mal pudiérais contrastar las fuerzas  
 De esta ciudad con la pequeña escuadra  
 Que nuestros pasos sigue.  
 Ved la campaña de León poblada  
 De aguerridos soldados, y el estruendo  
 Militar de timbales y atambores  
 En nuestro oído resonar. ¡Quién sabe  
 Si le llegó á Don Sancho  
 La fama ya de la que sigue al conde



Escuadra militar! ¡Oh! tiemblo, tiemblo,  
Que acaso tarde sea  
Y malogrado nuestro plan se vea.

SANCHA. Casual tal vez el militar estruendo  
Será que vos decís, ó muestra haciendo  
Don Sancho de su gente y sus banderas,  
Los clarines de Marte en la campaña  
Fingiendo el trance, entre su gente sola,  
En simulacro adiestrará á su saña.  
No faltará un ardid que salve al conde.  
No conocéis vos, Lainez,  
De la mujer el pecho enamorado;  
Yo al conde amé, que sus virtudes tantas,  
Tales hazañas como cuenta el moro  
Con terror de su brazo, harpones eran  
Que amor clavó en mi pecho;  
Y al que tan fácil el poder tremendo  
Rompe de Abderramén, y le destroza,  
Al que tan fácil á Almanzor rindiera,  
Flaca, de amor vencida,  
Mal resistirle una mujer pudiera.  
En balde, en balde la fatal memoria  
Me atormenta mil veces de mi padre  
Muerto á sus manos en la lid sangrienta.  
Yo batallé; pero venció. Y entonces,  
¡Con cuánto ardor me abalancé á los riesgos  
Para salvar su vida! ¡Ay sin mí, el conde,  
Lainez, aun á pesar de tanta hazaña,  
Ya perecido hubiera  
De Don García á la funesta saña.  
Después yo misma con mi lloro ardiente  
Su enojo conjuré, cuando mi hermano  
En su poder cayó: puesta á sus plantas,  
Más generoso le pedí á los cielos  
Que acaso merecía  
El traidor fementido Don García.  
¿Y qué no hiciera porque el mundo todo  
Más generoso le adorara y bueno  
Que valiente y terrible?  
¿Y á mí á quien tanto su afición me cuesta  
Me ha de faltar un medio de salvarle?  
Yo rogaré á Don Sancho,  
Sus plantas besaré; si no me escucha  
Levantaré á Castilla,  
Que mucho al conde quiere,  
Y vos su afición mucha  
Conoceréis en la tremenda lucha.  
Todos las armas, todos,  
Niños, mozos, ancianos y mujeres  
Empuñarán; en fin, yo misma, ciega,  
Ebria de amor me ofreceré á Don Sancho  
Víctima en su lugar: y aunque su reino  
Por robarle á mi amor se levantara,  
Quien ya salvarle pudo

Una vez, otras ciento le salvara.  
Dos veces á mi esposo  
La vida habré salvado; sí, que el día  
Que le saqué en Pamplona, nueva Ariad-  
(na,  
Del laberinto en que le hundió García,  
No más amor al conde que hoy tenía.  
Pero alguien llega aquí: si no me engaño,  
Don Nuño Ansúrez es.

## ESCENA II

Dichos, DON NUÑO

NUÑO. ¡Cielos! ¿qué veo?  
¿Será verdad? ¿tan pronto  
La condesa? ¿es ficción de mi deseo?  
¿Sois vos, condesa, y así?  
¿Y en palacio, gran señora,  
Cuando el rey sin duda ignora  
Que podéis estar aquí?  
¿Qué hicisteis? ¡Válgame Dios!  
Si aquí su madre os sospecha  
No ha de quedar satisfecha  
Mientras que no os prenda á vos.  
Que es cruel...

SANCHA. ¿Y no podría  
Hablar yo misma á su alteza,  
Y pedir por la cabeza  
Del conde?...

NUÑO. ¡Por vida mía!

SANCHA. ¡Amparadme! mas ¿no es cierto  
Que al rey de adentro asistís?  
Y si vos se lo decís...  
Pero, Don Nuño, ¿qué advierto?  
¿Lloráis?

NUÑO. Demasiado bien  
Quiero al conde vuestro esposo,  
Y el llanto prueba abundoso  
Si os estimo á vos también.  
Y es mi rabia y mi despecho  
Que sé quien le quiere mal,  
Y ha de callar el puñal  
Que atenta contra él, mi pecho,  
Que de fiel blasona.

SANCHA. ¡Oh Dios!

NUÑO. Pero ¿qué dije? deliro.  
(No sé qué hacer.) Mas ¿qué miro?  
No temáis, condesa, vos:  
El rey llega... es fuerza luego  
Que hasta esa sala de audiencia  
Os retiréis: sin licencia  
Del rey vinísteis; yo llego  
A hablarle: á que él mismo os vea  
Acaso le dispondré...